

¡Adiós máquina, si se rompe el eje!, hay que cambiarlo. Lo más fácil al leer un libro es que se rompa el hilo y sus párrafos, sus páginas y sus capítulos vayan cada uno por su lado: “Esto me gusta, aquello, no, lo otro me lo salto...”, dirá el lector al mal autor que no supo ensartar todas las cuentas del collar. A ver si así...

1. Seguir el hilo del collar

José Luis Corzo (M)

¡¡Coño!!, «yo he venido a este número de *Educar(NOS)* a hablar de mi libro», como dijo una vez en plena televisión el bueno de Francisco Umbral. Y tenía razón, porque aquí la humildad sobra: si te diriges a otros y les envías una larga carta encuadrada, te toca esperar su respuesta – ahora sí, con humildad – y poder charlar con ellos. A nadie se le fuerza a leer porque hace falta tiempo y temple, pero callarse suena a desinterés, casi a desprecio. Si un autor insiste, será un pelmazo, no un vanidoso: los aplausos son de otra parte y un libro solo es parte de un diálogo. Escribimos a los amigos – incluso a los adversarios – para hablar y debatir con ellos y, si acaso, dijo uno que “para que te quieran un poco más”. Tal vez se refería a los poetas y novelistas, que no es mi caso.

1 Quiero hablar de mi libro, porque lo escribí con pasión. Tanta, que me temo no haber sido muy dialogante, pero modestia aparte otra vez, ¿acaso pueden serlo los profetas? Y todos los cristianos debemos serlo y, hasta los malos como yo, hemos de vociferar lo dicho y hecho toda la vida: que la escuela o sirve para compensar las carencias de origen y ser el primer ámbito donde vivir la igualdad democrática, o servirá de munición temprana para competir en la batalla social. ¿No lo veis así?

2 En eso debemos estar de acuerdo antes de seguir, pues hay opiniones muy engañosas: por ejemplo, disfrazar la escuela de inocente campo de libertades para elegir la ideología preferida (como en política). Es la trampa, creo yo, que atrapa a muchos católicos (y a otros que no lo son). Según ellos, sus escuelas responden a la demanda social de pluralismo ideológico y habría

que crear muchas más en todas partes para que cada familia elija la suya. ¡Menudo dispendio y qué trola! La escuela no es sitio de ideologías y, si el erario público las paga y son obligatorias, es para responder a otro derecho: el de cada niño a recibir la instrucción elemental que le permita ser igual. Bajo tal condición, sean bienvenidas todas las privadas y que enfoquen su enseñanza como quieran, igual que las públicas o estatales. Lo malo es si los padres eligen las buenas y, las peores, ¡para los últimos! sin elección que valga. Así que la primera cuenta de estas 240 páginas es el anticlasismo escolar.

3 Pero diréis que la escuela cristiana existe para transmitir sus ideas y, sin embargo, ningún buen cristiano aceptará que su fe sea ideología, en vez de una relación personal con Dios mediante el Jesús del Evangelio. Hay católicos, como el papa Francisco, que – desde el Evangelio – rechazan el proselitismo en la escuela de todos, como ya aclararon varios documentos de la Iglesia. ¿No os gustaría, como a mí, que la gente de la escuela leyera el Evangelio, por muy agnósticos o ateos que sean, y vieran su luz? Hay dos cuentas de este collar para facilitar a todos la Teología de la Educación.

4 Pero el hilo que inserta todas estas ideas y capítulos parece lingüístico. Tres palabras cobijan sus asertos: *educación*, *instrucción* y *escuela*. Se ve enseguida que al Estado, si no es el nazi o el soviético, no le compete la *educación*. Les toca a las familias y, en definitiva, a cada hijo a lo largo de su vida: siempre hay tiempo de crecer y madurar. De la *instrucción* básica, en cambio, responden la sociedad y el Estado. De lo contrario, esto sería una jungla sin democracia posible: la ventaja para el que sabe y, a los ignorantes, un déficit perpetuo. Por eso, la *escuela* es un invento compensatorio para enseñar a todos lo básico y general. Pero ¡ojo!, no lo inventó la democracia, sino los de antes y por causas no muy claras que aún respiran: la conmiseración, tal vez, o la utilidad de una mano de obra mejor formada y, más



recientemente, el arribismo liberal puro y duro. Si cuesta cambiar el vocabulario, os pido aclarar solo los tres conceptos.

5 La gente habla de educación como si fuera fácil y no se notara que hasta hay políticos y periodistas que no saben lo que dicen: toman la escuela por una educación *formal* y, lo demás, informal, una educación de 2ª clase. Pero los padres no deben ceder en esto ni, los docentes, cargar con ello; nos educa la vida, no el cole, y los profesores están para enseñar (que no es poco): conocimientos, métodos y valores, como manda la Ley. Pero *educarnos* es un fenómeno humano distinto que equivale a madurar, mientras que la *enseñanza*, solo equivale a aprender.

Quien a cada paso y a cada conflicto social dice *educar* (a los demás) habla de inculcar ideas a los niños y de domesticarlos y amaestrarlos mientras son tiernos, que luego ya no hay quien lo logre. Pero madurar es vivir intensamente y es muy posible que un analfabeto sepa hacerlo mejor que yo. ¿No estáis de acuerdo? Hay eruditos muy inmaduros.

6 Tres capítulos auxiliares clarifican la *educación*: uno dice que nadie educa a nadie; otro, que la chavalería se nutre de un subsuelo demasiado nuevo para nosotros; y el tercero, que Milani y Freire vivieron esto de maravilla. El lector, antes de llegar al final del collar, ya habrá comprendido que esos dos cristianos y maestros proponen que la instrucción escolar sea tan buena que sirva para educarnos juntos alumnos y profesores. ¿Os parece una utopía? ¡Me gustaría que lo intentásemos todos!

7 Paulo Freire, mediante la filosofía existencial y personalista, desarrolló su *Pedagogía del oprimido* y, mientras, Lorenzo Milani la vivía en Barbiana: maduramos juntos al afrontar los desafíos de la vida colectiva. Los que deberían verse a través de las ventanas de la clase, que son las asignaturas ordinarias. Y, si solo miran sus programas, exámenes y notas, no ayudan a madurar. Lo harán la familia y las vacaciones, la calle y los amigos, la pandemia y los telediarios. No hay que camuflar los desafíos: se afrontan (sin esquivarlos con la *tablet* y otras drogas). La escuela debe espolear la atención hacia el mundo. ¿O debería ser un calmante?

8 También es laica e irisada la perla más valiosa de este collar: consiste en ver a cámara lenta la estructura del vivir humano hecho de *desafíos*, *símbolos* y *relaciones* (pp. 55-65). Mil enigmas y verdades del universo y de la historia nos provocan y nos *desafían* mediante *símbolos* y así nacen nuestras *relaciones* con ellos: lazos sutiles para existir y dar de sí mientras aún vivimos.

La gran sorpresa – también para el autor – es que la fe cristiana – que no es una manera de pensar, sino de vivir – funciona con esa misma estructura vital: en relación hasta con Dios.

¿No habría que cuidar más en la escuela la inteligencia simbólica (relacional) y no solo la racional, tan dominante y, ahora de moda, la emocional?

9 La prueba del nueve para ver la verdad o el engaño del hilo entero del collar es un capítulo final narrativo lleno de nombres y situaciones.

